

III

ECUMENISMO ESPIRITUAL

ESPIRITUALIDAD ANGLICANA

GEOFFREY CURTIS (anglicano)

Venerables Padres y Profesores, Hermanos y Hermanas: No sé cómo expresar mi gozo de encontrarme aquí, dirigiéndome a Vds. por su amable invitación, en esta antigua y renombrada Universidad, especialmente gloriosa por sus hijos San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz con quienes la espiritualidad anglicana está muy en deuda. Nos sentimos profundamente conscientes del honor que nos hacéis al invitarnos a hablaros aquí, de la fe y de la vida de nuestra Iglesia y nación. Os traigo el saludo de nuestra comunidad de la Resurrección, una comunidad que trabaja en Africa y en las Indias Occidentales así como en nuestro país; y también de las comunidades femeninas con las cuales ejerzo mi ministerio —dos de ellas, la Sociedad de la Santa Cruz y la Sociedad de la Preciosa Sangre viven vida contemplativa de clausura—; y otras dos, las HH. de los Pobres de Todos los Santos y la Comunidad de Diaconisas de San Andrés, de vida mixta. Los Hermanos de la Comunidad de la Resurrección de Londres compartimos con estas últimas nuestro nuevo establecimiento de Londres, la Real Fundación de Santa Catalina: una casa nueva para nosotros aunque la fundación data del siglo XII. Recientemente la Reina Madre ha invitado a nuestra Comunidad a ponerse al amparo de la Reina Isabel. La Fundación ha estado siempre bajo la protección de una Reina, bien bajo la de la Reina consorte, o bien si es la Reina la que gobierna, bajo la de la Reina Madre. Fue por el interés de una santa y graciosa Patrona, nuestra Reina española, Catalina de Aragón, consorte de Enrique VIII, que continuó siendo Patrona de la Real Fundación de Santa Catalina hasta su muerte.

A pesar de los trágicos acontecimientos que nos han separado, por lo menos jurídicamente, de vuestra Iglesia, hay una

verdadera continuidad en la cristiandad inglesa a través de los siglos, que hace difícil mirar hoy nuestra vida cristiana como esencialmente separada de la que fue nuestra en los tiempos en que fue una con la Iglesia de España. Esta continuidad es evidente especialmente en el campo de la espiritualidad; y se hace más claro si comparamos la espiritualidad de ambas en lo que podríamos llamar la época clásica en la Historia de la espiritualidad inglesa —la de los siglos XIV y XVII—. Encontraremos por lo menos nueve constantes en cada una de las dos Iglesias, nueve constantes que florecen en todo.

1) Ante todo deben considerarse las raíces bíblicas de nuestra piedad. El siglo XIV fue la época en que florecieron los grandes místicos medievales ingleses, almas quizás nunca sobrepasadas en sus conocimientos en el campo de la contemplación, a no ser por los grandes Carmelitas españoles. El primero de nuestros místicos de este siglo, que puede considerarse como el pionero de ellos Richard Rolle, aunque de vez en cuando escribía magistralmente en latín, fue el primero en hacer una traducción al inglés, en gran escala, de la Sagrada Escritura. Pero no sólo Richard Rolle, todos los grandes escritores místicos ingleses de este tiempo —la anacoreta Juliana de Norwich, el hábil Director de almas Walter Hilton, el desconocido autor del famoso “Cloud of Unknwing” y la excéntrica visionaria Margaret Kempe—, eran todos espíritus cuyas mentes e imaginaciones estaban cada uno en su estilo peculiar, saturados y, hasta cierto punto influenciados, por las historias, las imágenes y la sabiduría de las Escrituras. Además escribieron en una época en que la lengua de la Corte y de la nobleza era el francés, y la lengua del Foro el latín. En las celdas de estos monjes y solitarios medievales fue donde se creó, al menos en su prosa, la lengua inglesa. La gente, con frecuencia, habla de nuestra Versión Autorizada de la Biblia (Authorised Version of the Bible) como si su esplendor lingüístico hubiera sido un don del cielo por nuestra separación de Roma. Deberíamos más bien recordar que este gran logro fue posible gracias a dos sucesos providenciales:

a) Primero por los escritores místicos del siglo XIV que escribieron así para ayudar a las almas; y

b) Segundo, por la asimilación, en el siglo XVI de esta hermosa herencia espiritual por un alma noble: aquel gran hombre de Estado, inspirado escritor piadoso y valeroso mártir, el Lord Canciller de Inglaterra. Santo Tomás Moro.

Santo Tomás había hecho suyo este tesoro durante sus años de residencia con los Cartujos, en la Cartuja de Londres y el resultado fue ese estilo en prosa, tan vívido, tan lleno de humor y sabiduría en sus escritos espirituales que empleó en el momento oportuno, para proveer al caudal lingüístico de un estilo digno de la gran traducción de la Biblia.

Así la mentalidad de los místicos ingleses es, no solo profundamente bíblica, sino que ha aportado una contribución única a la creación de la Biblia que se usa en Inglaterra. Su piedad está penetrada del sentido de la belleza y de la “novedad” de la Creación, como obra de Dios, pero, sobre todo, es Cristocéntrica. Da un gran relieve a la Encarnación —a ésta más que a la Cruz— con una sorprendente veneración del Santo Nombre de Jesús.

2) Es ya evidente en estos escritores místicos a la íntima unión, entre el sentimiento y la especulación la “síntesis especulativo-afectiva” (Martín T.) que es la señal típica del temperamento religioso inglés. Hay una desconfianza de la sistematización y de los métodos escolásticos que casi llega a una especie de existencialismo intuitivo y es algo innato en el espíritu inglés. Esta estrecha unión entre la doctrina y la devoción, esta fusión del afecto con una sabiduría efectiva que lo informa, aparece tan claramente en la anacoreta Juliana de Norwich como en Georges Herbert, el sacerdote jacobino de provincia o en Eduardo Pusey el Académico teólogo y místico divino, del Oxford del siglo XIX.

3) En la espiritualidad inglesa hay un hondo sentido de la vida común del cuerpo místico de Cristo, su unidad en la diversidad. Sacerdotes y laicos, nobles y seglares, todos cuentan como miembros los unos de los otros y de la sola y única familia: el cuerpo místico de Cristo. En el extranjero me ha sorprendido muchas veces la falta de comunicación entre diferentes tipos o categorías de cristianos. Hay también mucho anticlericalismo. En Inglaterra está muy extendido la desconfianza del sacerdocio y del clericalismo, pero no hay anticlericalismo. Nuestro sentido de la vida común en Cristo —“sobornost” (unión) es la palabra eslava— debe mucho al espíritu pastoral y a los rasgos de familia de los grandes monasterios Benedictinos. La nación inglesa en general y la Iglesia de Inglaterra son grandemente deudores para con estos monasterios. Tanto en su espíritu como en su estructura, su libro de “Common Prayer” demuestra esta deuda, aunque ampliando el mo-

do de adoración benedictina hasta incluir todos los tipos o géneros característicos, todas las edades y necesidades.

4) Todos los grandes escritores espirituales anglicanos están penetrados de un sano optimismo cristiano y éste se encuentra generalmente unido a lo que podría llamarse humanismo cristiano. Hay es cierto, en el inglés medieval y en los escritores anglicanos, muchas expresiones notables y conmovedoras de penitencia cristiana; pero casi en todas partes con un notable optimismo de los redimidos, con una certeza de que el pecado ha sido vencido, que prevalece sobre el dolor. "Todo irá bien —dice la Madre Juliana— y todas las cosas saldrán bien". Esta serenidad es muy semejante a la de Tomás Traherne (s. XVII), John y Charles Wesley (s. XVIII) o Richard Church (s. XIX). Es el Alcalde Key, que proclama el Paraíso restaurado, quien domina la devoción anglicana igual que antes en la piedad católica Inglesa. El anglicano Richard Hoobler, que después de Duns Scoto y San Anselmo, debe ser considerado como el más grande de los teólogos británicos, nos muestra la gracia, no como reemplazando a la naturaleza, sino sanando, elevando y reintegrando lo sensible, lo social, lo racional de la vida humana, de modo que la imagen divina en cada alma redimida pueda participar en la vida de su Divino Modelo "transfiguración, iluminación, purificación y unión, en que la cruz no está nunca ausente, no, pero todo queda absorbido no en una paradoja desgarradora sino, como en San Juan, en la pacífica serenidad de una anticipada resurrección" (Louis Bouyer).

5) La liturgia —adoración pública— es en la Iglesia de Inglaterra el fundamento y la fuente principal de la espiritualidad. En la Edad Media la vida religiosa de los Religiosos y de muchos clérigos se dirigía y mantenía la Palabra de Dios por el "sevenfold office" (el séptuplo oficio). Pero para los laicos no había sino el rezo del Angelus y del Rosario, a no ser que recitasen, como Margery Kempe, el Oficio Parvo de Nuestra Señora. Fue un triunfo en el campo de la teología ascética, haber conseguido la sustitución del Oficio monástico o clerical por los dos Oficios del "Morning and Evening Prayer" (Oración de la Mañana y de la Noche) en el libro de "Common Prayer"; y no fueron sólo los místicos, como un Walter Hilton o una Juliana de Norwich, los que lo recibieron con alegría.

La Inglaterra del siglo XIV en general debió pedir un Oficio común y una Biblia en lengua vernácula. Reforma o no Re-

forma, esto no es más que el lógico desarrollo de su espiritualidad.

6) Igualmente, aunque es considerable el beneficio pastoral aportado por esta simplificación del Oficio Divino, el problema de santificación en la época no queda por ello resuelto. En todas las edades se hace necesaria una técnica que mantenga la consagración del alma durante todo el día. Para conseguirlo, era corriente el hábito del recogimiento entre los anglicanos del siglo XVII del mismo modo que lo había sido de sus compatriotas en la Edad Media.

Margery Kempe desarrolló una técnica basada en el simbolismo de los maestros "Victorinos" para encontrar a Cristo, a su Madre, o a la Sagrada Familia en las relaciones humanas; y los misterios de la Vida Encarnada en todos los acontecimientos y sufrimientos del día. Los Anglicanos del siglo XVII eran más inclinados a renovar la divina presencia por medio de breves oraciones adecuadas a cada situación.

El alma de la cristiandad inglesa siempre ha sido la devoción personal a Cristo, enraizada en las Escrituras. Esto está claro en los escritos de Juliana de Norwich y de sus contemporáneos como Caroline y más adelante en los escritos piadosos de la Iglesia de Inglaterra. Pero en los tiempos de la postreforma, esta devoción se alimenta en la meditación de la Biblia o en su lectura meditada. Un método de santificación, la oración al Santísimo Nombre, en una u otra forma, no ha sido nunca olvidado en Inglaterra.

7) La dirección espiritual es muy apreciada en la espiritualidad anglicana, así como lo fue para los místicos medievales: "La catequesis, la predicación, y la dirección privada, dijo el Obispo Jeremías Taylor, en el siglo XVII, son los tres medios por los cuales las necesidades de las almas son mejor atendidas". Esta dirección es normalmente, independiente del sacramento de la penitencia; así se evita el peligro de una moral artificial o indebidamente jurídica. En la tradición ascética Anglicana la discusión con cuestiones y argumentos se mira, no simplemente como un privilegio del laicado, sino como un deber suyo.

8) A pesar de lo inadecuado de nuestra moral, el moralismo del magisterio Anglicano se ha hecho casi proverbial; y rara vez se observa cuán antiguo es en la historia religiosa de nuestro país. Los escritos de los místicos medievales están

llenos de citas bíblicas que con las exigencias de la moral. Constantemente insisten en que la obediencia a la ley de Dios debe brotar de una vida de adoración. Walter Hilton condena la piedad que se contenta con ungir la cabeza de Cristo y descuida sus pies. Los escritores que más han influido en los Anglicanos son aquellos que, como Longland, F. D. Maurice, o Charles Gore, han demostrado un marcado interés por la conducta. Nuestros mejores teólogos tienden a ser moralistas, nunca metafísicos. Por esto nuestra unidad en la Iglesia Anglicana —y ésto para descrédito nuestro— está basada más profundamente en la moral que en convicciones teológicas.

9) La calidad mística en la literatura religiosa inglesa de la Edad Media nunca ha desaparecido del temperamento religioso inglés aunque, de cuando en cuando, su llama arde vacilante y débil. En los tiempos más oscuros ha habido un Henry Vaughan, una Ley Militar, o un Richard Mena Benson. Nuestros escritores medievales acusan la influencia de los escritores Benedictinos ingleses y franceses, de los Agustinos, especialmente de la Escuela de San Víctor, de los Dominicos, especialmente de los de la región del Rhin, y de la espiritualidad neoplatónica, así como de los antiguos Padres en general; y la espiritualidad anglicana ha sufrido las mismas influencias. Por Richard Hooker, Santo Tomás de Aquino ha ganado mucha mayor influencia. La influencia del neoplatonismo es especialmente fuerte en la escuela de Cambirdge del siglo XVIII. Tomás de Kempis y San Francisco de Sales han sido también fuentes de inspiración, pero el espíritu y la proximidad de los Anglicanos que los citan, es notablemente diferente. Aunque los Padres muestran un evidente conocimiento de las espiritualidades, nuevas en su tiempo, de los españoles San Ignacio de Loyola y San Juan de la Cruz, insisten en que “nuestras necesidades no pueden proveerse de la casa de Roma”, por muy excelentes que sean los bienes que muestren. Sólo en un laico Francisco Rous que llegó a Preboste del Colegio de Eton durante el período del “Commonwealth”, encontró San Juan de la Cruz un fiel y comprensivo discípulo.

Escribió un sublime comentario del Cantar de los Cantares titulado “Matrimonio Místico” (1635) en el cual ha dejado sus huellas el *Cántico espiritual* de San Juan. La Iglesia de Inglaterra debía esperar cerca de tres siglos todavía, antes de poder darse cuenta de la incomparable inspiración de vuestros escritores místicos españoles.

Habréis observado que yo he dado por hecho que, después de la Reforma, como no hubo Ordenes Religiosas durante más de dos siglos, la vida interior de la Iglesia de Inglaterra tuvo que sostenerse en gran parte por la lectura.

Por supuesto, su alimento fundamental le vino de la lectura de la Biblia. El P. Cowley ha hablado ya de ésto, y yo estoy de acuerdo con casi todo lo que ha dicho. La segunda fuente importante de la devoción Anglicana es el libro "Common Prayer" sin duda alguna. De él se podría decir que es la Sda. Escritura transformada en adoración, porque nos transfiere constantemente a la Biblia y nos da un sistema para hacer de ella oración. Este tesoro de las Iglesias Anglicanas se lo debemos principalmente al Arzobispo Tomás Crammer que fue promovido por el Rey Enrique VIII al Arzobispado de Canterbury. Poseía un extraordinario conjunto de dones —un amoroso discernimiento de lo mejor en la herencia católica inglesa. Para hacer su revisión del Oficio Divino se ayudó considerablemente del libro revisado por vuestro paisano, el Cardenal Quiñones, publicado en 1535. Pero el trabajo de Crammer fue más esencial en reducir la obligación del Oficio Divino, que en la de recitar los Oficios Mayores de la Mañana y de la Noche. Su traducción de las antiguas oraciones del latín, y algunas veces del griego, en síntesis breves, majestuosas, musicales y concisas, ha dejado una señal indeleble en la lengua inglesa. Ningún libro ha contribuido más que éste a modelar el carácter y el espíritu inglés. El deseo de Crammer fue devolver la adoración al pueblo y su propósito fue ampliamente logrado. Justo antes de publicarse el libro de oraciones del Arzobispo, había salido "The King's Primer" (1545). El libro incluía, junto con varios elementos que más tarde entrarían en nuestro "Prayer Book" una colección de oraciones de Ludovico, alias el "Español" Luis Vives, de Valencia, Preceptor de la Princesa María (más tarde Reina de Inglaterra y consorte del Rey Felipe de España) hija de la Reina Catalina de Aragón. Ludovico parece haber sido el "Michel Quoist" de su tiempo en cuanto que sus oraciones por su sencillez, lozanía y seriedad, se hicieron universalmente populares, y se mantuvieron durante un siglo, reeditándose una y otra vez fuese cual fuese la autoridad, católica o protestante, que asumiese el poder en aquella turbulenta época.

El Obispo Lancelot Andrewes prestó un gran servicio durante su vida, Obispo de Chichester, y Winchester, tanto como

elocuente y sabio predicador, como por haber sido el escolástico más responsable en la traducción autorizada de la Biblia. Pero hizo aún más después de su muerte, por lo menos después de 1648, cuando un amigo suyo publicó un pequeño devocionario que Andrewes había compuesto para su uso privado. Lo que Crammer había sido para la devoción pública de la Iglesia, lo fue Andrewes para el mundo de la adoración privada. El "Preces Privatae" había sido merecidamente más usado, que ningún otro devocionario, fuera del "Prayer Book", en el mundo anglicano. La penetrante energía de las devociones de Andrewes, su ordinariamente severa concisión, su nobleza y virilidad, su acertada adaptación, su libre y variado orden, su modo de traer a la mente el conjunto de realidades vivas de las creaciones y revelaciones de Dios; y en la parte dedicada a la alabanza, su fluir rítmico y musical... Todo ello en el más pronunciado contraste con todo lo que yo conozco entre las devociones privadas de aquel tiempo" (R. W. Church).

Newman conservó en su reclinatorio, hasta el fin de su vida, las oraciones de Andrewes. Juzgando por este libro (que Andrewes sólo había pensado que hubieran visto unos pocos amigos a lo sumo; pero que al mismo tiempo que nos servía a nosotros, podían conservarlo los anglicanos que se habían pasado a vuestra Iglesia e igualmente los Puritanos como Alexander Whyte que lo editó y cantó las alabanzas de su autor) juzgando por este libro, podemos ver por qué Luis Bouyer saluda a Andrewes como indiscutible "maestro espiritual del Anglicanismo".

Mlle. Perchenet nos ha hablado de Little Gidding y su noble experimento en familias monásticas. Entre los más íntimos amigos de su fundador Nicolás Ferrar estaba George Herbert (1593-1633). Brillante miembro del "Trinity College" y orador público de la Universidad de Cambridge.

A pesar de la atracción de la Corte en la que por sus talentos se había hecho muy querido, George Herbert aceptó el puesto de Párroco de Bemerton, cerca de Salisbury, y decidió ser el párroco ideal cuyo retrato trazó en "A Priest to the Temple".

Por su humildad y sencillez mostró lo que debe ser un párroco rural anglicano. Leía diariamente las "Oraciones de la Mañana y de la Noche", señaló las Horas Canónicas de las diez y las cuatro, y se unían a él, en su pequeña iglesia, "la mayor parte de sus feligreses, y muchos caballeros del vecin-

dario, mientras que otros de condición más modesta, dejaban descansar el arado cada vez que la campana de "los Santos" de Mr. Herbert, tocaba a oración".

Sin género de duda, Herbert es el poeta por excelencia de la Iglesia de Inglaterra. Con palabras sencillas, pero conmovedoras expresa en sus poemas la entrega a Dios, el amor al Salvador y la humilde lealtad a aquella Iglesia de la cual él era miembro. La brillante judía francesa Simone Weil se convirtió a Cristo por la lectura atenta de uno de estos poemas. Quien desee conocer la espiritualidad anglicana, y no tenga tiempo para estudiarla detenidamente, debería leer "The Book of Common Prayer, "The Preces Privatae" de Lancelot Andrewes, y la prosa y poesías de George Herbert.

Poco después de la muerte de Herbert le llegó a la Iglesia de Inglaterra la hora de la persecución. De 1640 bajo Oliver Cromwell y la Commonwealth sus obispos fueron expulsados y su "Prayer Book" proscrito. Al comienzo de esta época nuestro Rey Carlos I sufrió el martirio por su noble devoción a la Iglesia de Inglaterra. A la restauración de la monarquía siguió la publicación del "Common Prayer" corregido y aumentado, cuyo resultado fue un constante fluir de sabios y nobles comentarios del "Prayer Book" durante cerca de dos siglos. Uno de los mejores, de estos comentarios es el de Antonio Sparrow (1612-1685) que fue reeditado por Newman y publicado en 1839. Federico Denison Maurice (1805-1872) al cual citaremos de nuevo más adelante, fue el último y el mejor de estos comentaristas por su manera de exponer el "Prayer Book". Todos los demás libros que, hasta la mitad del siglo pasado, más han afectado a la espiritualidad anglicana, llevan una profunda influencia del "Common Prayer". El más elocuente de todos ellos "Holy Living and Holy Dying" del Obispo Jeremy Taylor; "The Whole Duty of Man" dispuesto como compañero del "Prayer Book" —de autor no conocido con certeza— "Companion for the Fasts and Festivals of the Church of England" de Nelson; "Serious Call to a devout and holy life" de William Law; "Christian Year" de Keble; y "Sermons" de Newman; a todos ellos es fiel.

Las prácticas religiosas y sus acomodaciones inculcadas por el "Prayer Book" y sus competentes comentadores, al reforzar las enseñanzas de ha entrado profundamente en el alma de Inglaterra y se ha sostenido durante todo el siglo XVIII a pesar del glacial racionalismo de la religión

oficial y de la fuerza del evangelicismo protestante. Cuando llegó su hora, los dirigentes del Movimiento de Oxford, Keble, Newman y Pusey, recurrieron a ellos para demostrar que el resurgimiento del catolicismo que ellos promovían, no era una innovación.

Pero nuestra tradición evangélica protestante, así como la anglo-católica lo necesitaba para poder descubrir de nuevo la Iglesia de Dios en toda su plenitud, a lo que contribuyó Frederick Denison Maurice más que nadie. Fundador de la cristiandad social moderna en Inglaterra, había pensado en esto, desde sus comienzos, como la expresión natural de la Iglesia, como una realidad constitucional concreta, que personificaba y transmitía necesariamente la verdad y la caridad de Cristo. En su gran libro "The Kingdom of Christ" dio a su visión una expresión teológica sólidamente construida, que contribuyó más que ninguna otra obra del siglo XIX a unir a los anglicanos entre sí, y fue el precursor del ecumenismo que había de venir.

El puro antiprotestantismo en que cayeron los seguidores de los dirigentes del movimiento de Oxford fue lo que le alejó de un movimiento con el cual él tenía mucho en común. El vio que la antítesis católico-protestante era un desatino. Libre el protestantismo de sus manifestaciones sectarias, y liberado el catolicismo de deformaciones extrañas y osificación jurídica—desechando, por ambas partes todo lo no esencial y las frustraciones— se veía claro que la verdadera inspiración protestante sólo podía florecer en el cuerpo de una Iglesia católica regenerada.

No tengo tiempo para bosquejar el maravilloso renacimiento de la espiritualidad anglicana del que F. D. Maurice fue, por decirlo así la estrella de la mañana, un renacimiento teológico, litúrgico, hermenéutico, místico, en sus fuentes.

En gran parte se debe a las comunidades religiosas, ahora resucitadas, y no menos a Richard Meux Benson, gran teólogo y místico que restituyó la vida religiosa a los fieles de nuestra Iglesia; y mucho se debe a dos grandes Arzobispos de Canterbury: William Temple y Michael Ramsey. El segundo, que ha aprendido mucho de F. D. Maurice, es todavía nuestro Pastor Supremo.

Una de las más felices hazañas de los sabios y teólogos Anglicanos ha sido la estimulante exploración de los gigantes espirituales de vuestro país.